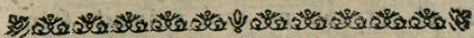


debe el honor, la gloria, la virtud  
y la acción de gracias en los cie-  
los y en la tierra. Amen. DIXE.



## SERMON

DE SANTO TOMÁS  
DE VILLANUEVA,

predicado en las Angustias de Gra-  
nada año 1813.

*Ipsa erat lucerna ardens, et lucens.*

Joann. v. 35.

SEÑORES:

**D**e poco ó nada sirve la ciencia  
que infla, si falta la caridad que  
edifica. La erudición mas profun-  
da, la mayor extensión de ideas,  
el ingenio mas brillante, la mas vi-  
va y ardiente imaginación, son co-

sas despreciables á los ojos de Dios, si el corazon no está animado é inflamado de aquel amor que santifica los talentos, haciéndolos dóciles á la iglesia y útiles al estado. La ciencia sin caridad solo produce sábios orgullosos y astros errantes, maestros del vicio y del error. En efecto, por mas que el antiguo paganismo y el nuevo filosofismo de nuestros días lúgubres hayan hecho y hagan ostentacion de sus pretendidos sábios, si los examinamos de cerca, los hallamos envueltos en las mas espesas tinieblas de ignorancia en materia de religion y de costumbres. Semejantes á estos fuegos fátuos que durante la noche brillan sobre el borde de los precipicios, sus luces solo pueden servir de conducir á su eterna perdicion y ruina á los que temerariamente los sigan.

Pero la caridad con la ciencia producen en la sociedad sábios humildes, defensores de la verdad y

de la virtud. Los doctores de la iglesia y sus prelados santos han acreditado en todo tiempo esta verdad. La caridad misma que abrasaba su corazon iluminó á los fieles. Su sabiduría era una luz brillante por la vivacidad de su amor, y resplandeciente por el esplendor de su doctrina: *ardens et lucens*.

Entre estos hermosos luminares de la iglesia merece muy distinguido lugar Santo Tomás de Villanueva, cuya memoria celebramos. Fiel discípulo de los Crisóstomos, Nazianzenos, Ambrosios, Agustinos, y sobre todo del supremo de los pastores Jesucristo. I. Edificó á la iglesia con su caridad, II. La iluminó con su doctrina: dos breves reflexiones que dividen justamente la materia de su elógio, dignas de esta cátedra, de vuestras atenciones y de mis endebles conatos. Ayudadme todos á pedir las luces del Espíritu Santo postrándoos con sumision y

rendimiento ante aquel augusto y soberano Señor Sacramentado, principio, fuente y origen de toda gracia. *Ave María.*

*Thema ut supra.*

**E**l fuego del amor de Dios y de su caridad con el próximo, que abrasó el corazón de Tomás desde su tierna infancia, animó en lo sucesivo sus palabras, sus obras y sus escritos. La caridad de Jesucristo dirigió todas sus acciones, y á ellas consagró todos sus trabajos. Hijo de padres no menos recomendables por su piedad que por su sangre, y educado en el santo temor de Dios, se propuso desde sus primeros años ofrecerle su amante corazón en holocausto y sacrificio.

Como el Señor lo eligió para antorcha brillante de su santuario,

lo previno desde luego con bendiciones de suavidad y de dulzura, y con dones singulares de naturaleza y de gracia, para hacerlo capaz de los altos fines á que lo destinaba. Su carácter benéfico, afable, dócil, obediente á sus padres, lleno de respeto á los mayores, y de mansedumbre para con los iguales, lo hacían apreciable á la sociedad. Su aplicación al templo, su adhesión á las obras de misericordia, su ternura y frecuencia en la oración, su modestia en acciones y palabras, sus expresiones de edificación, le hacían pasar por un ángel en carne humana, como á otro S. Luis Gonzaga.

Con la edad crecían á proporción sus ardientes deseos de emplearse únicamente en el servicio de Dios. Cristo crucificado fue siempre su libro abierto. Aquí aprendió aquella rendida humildad que le hacía considerarse como el ínfimo de los

hombres y el mayor de los pecadores. Aquí aprendió el desprecio de todo lo mundano, para buscar únicamente los bienes eternos. Aquí leía continuamente los inefables caracteres de aquella divina y ardiente caridad que le condujo á derramar por la salud del hombre hasta la última gota de su Sangre. De su costado abierto veía salir aquel fuego divino que vino á traer al mundo para que ardiese sin cesar en el corazón de todos sus hijos. Desde esta cátedra del amor de Jesucristo oyó una dulce y penetrante voz, que como en otro tiempo al grande Antonio y al serafín Francisco, le decía: el que quiera venir detrás de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame. Tomás oyó la voz de Dios como otro Samuel, y obedece como otro Pablo.

En efecto, cual ciervo herido, que busca con ligereza las fuentes de las aguas, huyendo del tumulto

del mundo y de sus vanidades, se dirige Tomás con pasos de gigante á buscar asilo entre los eremitas del gran padre Agustino. Viste con edificación su santo hábito, y profesa su sagrada regla en el año mismo en que el pérfido Lutero apostató de su religion y de la iglesia.

¡Qué sacrificio, señores, qué holocausto ofrece en esta ocasion Tomás, tan agradable al cielo! Desde este momento se considera como un hombre nuevo, que despojado del viejo Adán, se reviste de Jesucristo. A éste mira como su única herencia; y su conversacion á imitacion de S. Pablo es con el cielo. Ensaya un género de vida austera, mortificada, penitente. La oracion, el ayuno, la disciplina, el cilicio servian á Tomás de exercicio continuo para domar su cuerpo y reducirlo á servidumbre á imitacion del apóstol, y como un escudo inexpugnable contra los ataques

del común enemigo, que le hacía la más cruda guerra. El celo de la honra de Dios y la caridad con sus hermanos lo devora, y obtenida licencia de sus superiores, sale á evangelizar el reino de Dios.

¿Mas quién será capaz de reducir al compendio de una breve oracion los esfuerzos de su celo y de su misericordia? ¿Qué solicitud igual á la de un hombre que pasaba el dia en el trabajo y la noche sin reposo; que pasaba por sí solo á predicar al pueblo, á catequizar los rudos, á dirigir los perfectos al socorro de los pobres, al alivio de los enfermos? ¿Quién está doliente, decia con S. Pablo, y yo no me abraso? ¿Quién con necesidad, quién herido, y yo no le alivio como piadoso samaritano? ¿Qué hermosos fueron, mi Dios, los pasos de este evangelista de la misericordia y de la paz! ¿De cuánto provecho me seria su ministerio en España en es-

tos dias lúgubres, para imponer silencio á tanto impío que pretenden arruinar la iglesia y el estado por sus mas profundos cimientos!

Pero tanta luz no pudo estar oculta mucho tiempo sin ministerio público. Como Dios lo destinaba al candelero de su iglesia, movió el ánimo de Carlos v, justo aprecia-  
dor del mérito de los sugetos y celoso defensor de la iglesia católica, á presentar á Tomás para arzobispo de Granada. Mas no fue posible reducirlo á su admision. Protestó con humildad ser inepto para el ministerio, é indigno de tan sublime dignidad. ¡Felices tiempos aquellos en que los empleos buscaban á los hombres mas dignos, y en que estos se excusaban por humildad, creyéndose incapaces de su desempeño!

Mas estaba de Dios que Tomás luciese con esplendor sobre el candelero de su iglesia, para exemplar de pastores caritativos. Vacó á poco

tiempo el arzobispado de Valencia, y nuestro Santo es obligado á su admision por obediencia. Hé aqui cómo el Señor le proporciona cierta especie de fruición en derramar á manos llenas la limosna. La misericordia con los pobres, que habia crecido con él desde su infancia, era, para decirlo así, su virtud característica y favorita; pues la herencia toda de sus padres y cuanto adquirió durante su larga vida lo distribuyó en limosnas. Las gruesas rentas de su mitra, de que tanto murmuran nuestros liberales ó libertinos, porque las apetecerian para sí, no tuvieron otro destino.

Considerándose como Job por padre de los pobres, no solo les daba lo que tenia, sino tambien lo que no tenia, á imitacion de S. Ambrosio; es decir, que estaba siempre abrumado con deudas por alimentar á los necesitados. ¿Cuántas veces no consiguió del Señor que multiplicase

los panes como en el desierto, y llenase de trigo los alhories que acababan de evacuar los pobres? ¿Pero qué digo? ¿Ignorais por ventura, que hasta la cama en que murió la habia dado poco antes de limosna, y que no se tranquilizó hasta saber de su mayordomo haberse ya repartido el último maravedí á los pobres de Jesucristo? Tal era el ardor de misericordia y caridad que abrasaba su corazon: *erat lucerna ardens*. Ni fue inferior el esplendor de su doctrina: segunda reflexión, que paso á exponer con brevedad.

II. El principio de la sabiduría, dice el Espíritu Santo, es el temor de Dios. Apoyado Tomás sobre este sólido fundamento, manifestó desde luego señales nada equívocas de su disposicion para las ciencias. Dotado por el Señor de un ingenio singular, de una viveza extraordinaria, de un talento profundo, dió bien presto á conocer que estaba destina-

do para vaso de eleccion y de sabiduría: bien presto aprendió las primeras letras y los arcanos misterios de nuestra religion. Conociendo sus padres las brillantes disposiciones de Tomás para las artes y ciencias sublimes, y deseando fuese útil á la iglesia y á la patria, lo remitieron al colegio mayor de S. Ildefonso, fundado poco antes en Alcalá de Henares á expensas del célebre cardenal Ximenez de Cisneros, para que se instruyese en estudios mayores. Aqui empezó Tomás á desplegar sus luces y á difundir los rayos de su rara elocuencia, aventajándose en breve, como otro Saulo, á todos sus coetáneos, no solo en las ciencias sublimes, sino tambien en la de la salud.

La temprana muerte de su padre le hizo volver á Fuenllana su patria. Mas concluido el funeral, y repartida su herencia toda á los pobres, vuelve Tomás al colegio, concluye

la carrera de los estudios; y al punto es destinado por el claustro á enseñar filosofia en aquel empório de las ciencias. A poco tiempo fue llamado por la universidad de Salamanca á enseñar la teología. En estos dos célebres teatros de las ciencias, admirados á la sazón del orbe literario, explanó estas facultades con aprovechamiento de los discípulos y asombro de aquellos consumados maestros, que tanto esplendor dieron en el siglo xvi á la iglesia de España y al estado. Pero al mismo tiempo pedía Tomás al Señor con suma instancia, y la humildad mas profunda, la ciencia de los santos.

Agitado de estos ardientes deseos emprende la generosa resolucion de huir del mundo, de sus aplausos y vanidades, y buscar asilo, como he dicho, entre los hijos de Agustino, familia esclarecida, que baxo la regla y proteccion de tal

padre, ha dado tantos mártires, confesores y vírgenes al cielo, tantos pontífices á la iglesia, tantos teólogos á los concilios, tantos sábios al orbe literario, tantos triunfos á la religion, tantos héroes al estado; dignos hijos de tan ilustre padre. Tomás medita sus admirables escritos; se aplica con tesón á imitar sus virtudes y su celo por la religion; declara cruda guerra á la heregía é impiedad; predica oportuna é importunamente, segun el precepto del apóstol, contra el error y la relajacion de las costumbres.

Demóstenes y Tulios, ¿cuándo vuestra elocuencia logró semejante séquito? Los templos y las plazas eran estrecho ámbito al concurso de los oyentes de Tomás, que interrumpian á veces la oracion con sollozos y gritos de penitencia. Su profunda erudicion en la escritura, en la tradicion, en los concilios y en los padres, la gravedad de sus sen-

tencias, junto con la dulzura y energía que Dios habia depositado en sus labios, le hacian triunfar del corazón mas obstinado. ¿Qué de hereges no convirtió á la fe? ¿qué de mahometanos al seno de la iglesia? ¿qué de pecadores á verdadera penitencia? La usura, el dolo, la rapiña, la maledicencia, la injusticia, los ódios, la mala fe, la impostura, los escándalos, desaparecen fugitivos al oír el eco de su voz, animada por el espíritu de Dios. Gemirás cada dia, horrible iniquidad, cuando se presente á tu memoria ese tu irreconciliable enemigo.

¿Cuánto no trabajó de palabra y por escrito, por renovar la hermosa faz de la iglesia de España con sus colores primitivos? Castilla la Vieja y Nueva, ó por mejor decir, el reino casi todo oyeron con edificacion á este varón apostólico de los últimos siglos. Todo el tiempo de sus prelacías en la orden y los



once años que tuvo á su cargo el arzobispado de Valencia, los empleó en un continuo apostolado para responder á Dios de su grey. ¿Qué de sínodos no celebró para reforma del clero y de los pueblos? ¿qué de instrucciones pastorales para arreglo de las costumbres y exterminio de los vicios? ¿qué de sermones no predicaba diariamente para intimar el amor de Dios y el precepto de la limosna? Varias de sus obras que conservamos en el día con veneracion son testimonio auténtico de estas verdades; y mientras duraren los anales de la iglesia admiraremos á santo Tomás de Villanueva como un hermoso luminar que la hizo resplandecer con su caridad ardiente y con sus luces: *ipse erat lucerna ardens, et lucens.*

Hé aquí, sagrado coro de penitentes vírgenes, un rudo bosquejo de vuestro padre y titular. Su vida desde su tierna infancia hasta

el fin de sus felices días fue un continuo exercicio para la bienaventuranza. El amor de Dios y la caridad con el próximo, en que consiste toda la ley de Jesucristo, fue el único objeto de sus operaciones y el blanco de sus admirables luces. Si os gloriais pues de tal padre, imitad sus virtudes. Arda vuestro corazón en el amor de vuestro Esposo; y ya que vuestras manos no pueden ser tan francas como las de Tomás para alivio del pobre, ni vuestras luces difundirse para instruccion del pueblo, ayudad á todos con vuestras fervorosas oraciones. Ni olvidéis las urgentes necesidades de la iglesia y del estado; ocupacion por muchos años de vuestro santo padre. Este es el principal obsequio que exige de vosotras en el día. Orad pues con instancia, con frecuencia y confianza en el Padre de las misericordias, que no sabe despreciar á un corazón contrito y humillado.

¡Vos, Señor, Sacerdote santo, Cordero immaculado, que quitas los pecados del mundo; caridad por esencia y bondad por naturaleza, arrojad ya sobre nosotros una mirada favorable! Cese por vuestra misericordia el bien merecido castigo de nuestras culpas. Pecamos, hemos cometido iniquidades, hemos abusado de vuestra paciencia; pero estamos, Señor, arrepentidos, y volvemos como hijos pródigos á implorar vuestra clemencia. Aplicadnos vuestra infinita misericordia. Confesamos no ser dignos de ella; mas sois nuestro Padre: usad con nosotros de vuestra bondad. No veamos ya, Señor, entrar en vuestros templos incircuncisos de corazón que los profanen, que os ultrajen y se burlen de vuestra augusta religion y sacramentos. Levantaos, Señor, juzgad ya vuestra causa y la de los ministros de vuestro culto, despojados, afligidos, despreciados, perseguidos.

Conozcan los wándalos y sus agentes que aún hay Dios en Israel que sabe auxiliar su pueblo. Moved, Señor, finalmente, el desierto de sus corazones, aterrados, confundidos, atraedlos con vuestra voz fuerte y penetrante, para que os conozcan, y confiesen con nosotros que solo á vos se debe el honor, la virtud, la gloria, la fortaleza y la accion de gracias por los siglos de los siglos. Amen. DIXE.

John XV. q.

Como el Padre me amó, así os he amado; permaneced en mi amor.

SEÑORES

de la tierra de